

mientos y todos los momentos de nuestra vida, de modo que ya velemos, ya durmamos, ora bebamos, ora comamos, bien realicemos las más grandes acciones, bien hagamos las más pequeñas, siempre podremos decir con verdad que lo que hacemos, aun cuando en ello no pensemos, es siempre de Jesús y de María, en virtud de nuestro ofrecimiento, a menos que le hayamos expresamente retractado. ¡Qué consuelo!

Evidentemente con estas palabras habla a los seglares, sea la que quiere la perfección que alcancen, y por eso basa toda esta perfección especialmente en el desprendimiento de todas las cosas y en la conformidad de nuestra voluntad a la divina que son condiciones de la santidad en todos los estados.

En el número siguiente continúa nuestro maestro montfortiano llamando la atención de todos, religiosos y seglares, acerca de la perfección que supone y merece de Dios esta generosa donación de todos nuestros bienes en las manos de María. Fundando la extraordinaria dejación que llega a conseguir el alma que hace esta perfecta consagración; pues es modo ordinario del Divino Espíritu dar al nuestro las gracias en relación con la calidad y cantidad de sacrificios que hacemos, y por esto cuanto la dádiva es total y perfecta, tanto es la gracia más subida en la escala de la perfección. Y así leemos en el número 147.

«Demás de esto, según ya llevamos dicho, no hay práctica alguna, fuera de ésta, por la cual nos veamos libres fácilmente de cierta propiedad que se mezcla imperceptiblemente a las mejores acciones; y nuestro buen Jesús concede esta gracia verdaderamente grande en recompensa de la acción heroica y desinteresada que realiza quien, por las manos de su Santísima Madre, le hace cesión de todo el valor de sus buenas obras. Y si da El el ciento por uno en este mundo a los que por su amor abandonan los bienes exteriores, temporales y percederos, ¿a qué grado no elevará la recompensa que dé a los que le han sacrificado hasta los bienes interiores y espirituales?»

Dentro de esta perfección, como fácilmente se colige de la lectura del párrafo anterior se comprenden tanto a los religiosos de todas las Ordenes y Congregaciones, como a los seglares sean de la clase y condición que sean y por tal motivo, todas las religiones y todas las asociaciones sean de la clase que sean y por varios y distintos que sean sus fines pueden y deben, si desean más perfección participar de este espíritu de esclavitud de Jesús en María.

Y como razón suprema de la excelencia de la verdadera consagración, que nos obliga tanto como la misma caridad de Jesucristo, nuestro divino Maestro y modelo, a quien tenemos obligación de imitar y de seguir, razón que también nos urge a todos, tanto seglares como religiosos, pues afecta a los fundamentos y generales caminos de la perfección, añade nuestro amadísimo Vidente el último número 148 de este artículo I del capítulo III, que dice así:

«Jesús, nuestro gran amigo, se ha dado a nosotros sin reserva, entregándonos su cuerpo y alma, virtudes, gracias y méritos. *Se toto totum me comparavit*, dice San Bernardo: «Me ha ganado totalmente dándose todo entero a mí». ¿No deberemos, pues, por justicia y gratitud, darle todo lo que le podemos dar? El ha sido el primero en mostrarse liberal con nosotros. Seámoslo nosotros con El también y le encontraremos todavía más liberal